

Palabras de Robert M. Morgenthau

Almuerzo de la Fundación Internacional Raoul Wallenberg

Washington DC.

30 de septiembre 2015

Presidente Sargysan, miembros del Congreso, Reverendo Clero, miembros de la Fundación y Amigos,

Me siento honrado de más maneras de las que puedo contar de que se me pida aceptar la Medalla Wallenberg en nombre de mi abuelo. El legado de Raoul Wallenberg tiene un significado muy personal para mi familia. Mi padre, Henry Morgenthau, fue secretario del Tesoro durante el Holocausto. En ese momento, con aproximadamente 12.000 Judíos húngaros que eran deportados a una muerte segura todos los días, estableció la Junta de Refugiados de Guerra para reasentar a los refugiados y salvar sus vidas. Fue Raoul Wallenberg quien finalmente dirigiría la Junta, y fue su coraje y esfuerzo incansable que salvó 100.000 vidas - y proporciona un modelo para el tipo de sacrificio humanitario que el mundo tanto necesita hoy.

Me siento honrado de estar en presencia del presidente Serge Sargysan. Les puedo asegurar que mi abuelo estaría especialmente contento de saber que un día su nieto compartió el podio con el Presidente de la Armenia independiente y libre.

Este año, el Centenario del Genocidio Armenio, ha traído un nivel sin precedentes de conocimiento de la masacre y deportación de los armenios, y de los esfuerzos humanitarios de mi abuelo para detener los asesinatos. Lo que es menos conocido, pero que consume a mi abuelo por igual, es la triste historia de la traición del pueblo armenio en la búsqueda de la autodeterminación.

A lo largo de su historia, los armenios mostraron gran coraje en la resistencia a la dominación por los ejércitos invasores. La rebelión en Zeitun, la defensa de Van, y por supuesto la resistencia histórica de los armenios de Musa Dagh, cada uno muestra la determinación de un pueblo orgulloso, indomable en espíritu, y que no está dispuesto a renunciar a su fe o su identidad. Sin embargo, cada vez, los líderes otomanos respondieron con fuerza abrumadora, fuerza que se extendió a todo el genocidio.

En respuesta, el presidente Woodrow Wilson se comprometió firmemente con la política de los Estados Unidos para el establecimiento de una patria armenia. Esto fluía de sus Catorce Puntos, uno de los cuales era el principio de la libre determinación de los pueblos del antiguo Imperio

Otomano. El Presidente nombró una comisión, la Comisión King-Crane, para establecer propuestas concretas para manifestar este principio básico.

En agosto de 1919, la Comisión concluyó que los armenios deben habitar en una patria que restaure las pérdidas por las atrocidades que sufrieron periódicamente a manos de los turcos otomanos desde 1894 a hasta 1916. La patria comprendería las tierras altas armenias en Turquía y Rusia, con una salida al Mar Negro.

En agosto de 1920, las potencias occidentales y el Imperio Otomano firmaron el Tratado de Sevres. Esto también afirmó el principio de una patria armenia, aunque una patria reducida en tamaño en relación de lo que Woodrow Wilson había imaginado.

Pero la tinta apenas se había secado en el tratado cuando el nuevo Estado turco atacó a la República Democrática de Armenia y partes ocupadas de su territorio. Pronto, la Unión Soviética absorbe la parte restante. Esta apropiación de tierras, poco después del genocidio de los armenios, presentó un desafío a la conciencia del mundo, sobre todo cuando un periódico alemán publicó el comentario de la famosa Enver Pasha: "¿Qué crees, que nosotros los matamos sólo por diversión?"

La respuesta de la comunidad mundial a esta crisis fue nada menos que vergonzosa: la Sociedad de Naciones capituló. Pronto hubo un nuevo tratado, el Tratado de Lausana, que no hizo mención de una patria armenia.

Esto explica por qué, durante ochenta años, los armenios sufrieron bajo la opresión soviética. Es por eso que, durante ochenta años, el pueblo armenio, que se enorgullecía de ser la primera nación cristiana en el mundo, fue gobernado por una dictadura atea.

Hoy, por supuesto, la Unión Soviética ya no existe, y Armenia es una república independiente. Y, sin embargo, como los armenios y sus partidarios en todo el mundo marcharon este año para el reconocimiento del Genocidio, lo hicieron bajo un lema doble: "Recuerdo... y exijo".

Dejo a otros a desentrañar la dura y complicada cuestión de cómo corregir las injusticias de la historia. Pero comencemos por enfrentar esa historia.

Durante el genocidio, mi abuelo fue testigo de primera mano de lo que sucede cuando la conciencia del mundo da paso a la cautela. Fue devastado personalmente por la famosa frase con la que él denominó a una "campaña de exterminio racial". Y en las secuelas de esa tragedia, incluso después de su regreso a los Estados Unidos, así como él se dedicó al reasentamiento de refugiados armenios, su mayor decepción fue no haber vivido para ver el restablecimiento de una Armenia independiente.

Ya he dicho en otras ocasiones que los principios que han animado en gran medida mi propia vida

en los cargos públicos son los que mi abuelo trajo de su servicio en Anatolia. Yo me comprometo con todos. Entre esos valores se encuentran todas las libertades que luego se incluirían en la Declaración Universal de los Derechos Humanos. Pero hay aún un valor más que él nos enseñó, que da vida a todo el resto: un compromiso de nunca debemos darnos por vencidos en cuestiones de justicia.

En nombre de mi abuelo, les doy las gracias por este gran honor.